

DE HOMBRES, PLACERES Y TRABAJO DOMÉSTICO

Castelain Meunier, Christine, *Le ménage. La fée, la sorcière et l'homme nouveau*. Paris, Stock, 2013. 247 pp.

El trabajo doméstico suele tener mala fama. “Aburrido”, “fastidioso” y “repetitivo” son adjetivos que frecuentemente se le adjudican; también se le desprestigia por constituir un conjunto de tareas que no necesitan movilizar muchas neuronas. En defensa de lo contrario a todas estas denigraciones, la socióloga Christine Castelain Meunier demuestra que *le ménage*, es decir, el hecho de hacer la limpieza, parece convertirse en una actividad cada día más valorada y situada del lado del placer y la relajación. La investigación se desarrolla en Francia, en la actualidad; y, aunque desigualdades significativas perduren entre mujeres y hombres en la distribución de las tareas del hogar, parece también haber una verdadera implicación de los hombres —no todos, ni siempre— en el trabajo doméstico. Antes de discutir estos puntos, reconstituamos los argumentos de la socióloga, sus observaciones empíricas y aportaciones conceptuales.

La obra se compone de siete capítulos que fluyen de forma natural del uno al otro, haciendo

una lectura agradable y viva. Primero, “*L’envers du décor*” (El lado oscuro) empieza por un breve recorrido histórico y recuerda que en el siglo XVII se tiraba la basura por las ventanas, que los baños de mar eran reservados a los locos y que el Rey Luis XIV pocas veces se hubiera bañado en su vida. Si en aquel entonces el trabajo de limpieza era relativamente invisible, hoy en día genera posturas muy diversas: desde el rechazo de la intervención masculina —los hombres serían unos “incompetentes”, siguen opinando algunas mujeres—, hasta la cancelación del modelo de la mujer obsesionada por el orden y la limpieza de su casa.

Más que diversas, son posturas muchas veces opuestas y que remiten, según Castelain Meunier, a dos representaciones de mujeres que son “*La sorcière et la fée du logis*” (La bruja y el hada del hogar), como lo indica el encabezado del segundo capítulo. Más específicamente, éste se enfoca en un objeto común a ambas mujeres: la escoba, emblema de la limpieza. Si el hada del hogar simboliza la mujer tradicional, abnegada, dedicada a la intendencia doméstica y deseosa de mantener el orden hogareño, la segunda, transgresora y vinculada con la idea del parásito, monta a horcajadas en su escoba, huyendo e incorporando cierta libertad de espíritu. La bruja remite a la mujer moderna, que se ha librado de las tareas domésticas. Es entre estos dos polos opuestos que Castelain Meunier apuntala la diversidad de los comportamientos relacionados con la limpieza hoy en día.

A pesar de la reciente aparición de estas brujas emancipadas con su escoba, las estadísticas

siguen dando cuenta del reparto de tareas, desigual y persistente, entre las mujeres y los hombres. El tercer capítulo, titulado “*Invisible*” (Invisible), y de corta extensión, menciona que las mujeres dedican cada día tres horas y 26 minutos a limpiar, comprar comida y cocinar, mientras que los hombres dedican dos horas y dos minutos a las mismas tareas, incluyendo 45 minutos al bricolaje.

A partir del cuarto capítulo, cuyo título es “*Portraits de femmes*” (Retratos de mujeres), Castelain Meunier comparte una serie de perfiles de mujeres tanto de contextos culturales como de contextos sociales diferentes, empezando por plasmar recuerdos de su madre. A través de la rica descripción de estos casos, la socióloga aborda el poder de la transmisión del *savoir-faire* (saber hacer), muchas veces adquirido desde la infancia, y demuestra cómo el trabajo doméstico se ha ido transformando con el paso del tiempo. Las expresiones *maîtresse de maison* (ama de casa) y *fée du logis* (hada del hogar) parecen francamente anticuadas. Asimismo, a las percepciones negativas vinculadas con las labores domésticas, las sustituyen nuevas connotaciones: limpiar y ordenar acarrea un bienestar moral y físico; ya no se trata de una coacción opresora sino de una acción liberadora para el espíritu, ya que permite pensar y reflexionar.

En quinto lugar, “*Jeunes générations. Petits princes et petites princesses*” (Generaciones jóvenes. Principitos y princesitas) se pregunta si los jóvenes hombres limpian tanto como las jóvenes mujeres; y, entre otros actores, enfoca sus observaciones en algunas muchachas acostumbradas a hacer tareas domésticas para sus abuelas a cambio de una remuneración simbólica, y en jóvenes estudiantes

compartiendo departamento y labores de limpieza. Nuevamente se comprueba una evolución positiva de las percepciones sobre la limpieza —ordenar y limpiar tienen una función hasta catártica—, así como el florecimiento de una cultura de igualdad entre los y las jóvenes. Al igual que los padres de familia, también los niños y las niñas forman ahora parte de *l’âme du foyer* (el alma del hogar), ya que participan en las labores domésticas, las cuales han dejado de ser monopolio femenino.

El sexto capítulo, “*Histoires d’hommes au coeur du quotidien*” (Historias de hombres en el corazón de lo cotidiano), entra plenamente en la reapropiación de la limpieza por parte de los hombres solteros, separados o casados, heterosexuales u homosexuales. Al lado de los hombres que se resisten a poner manos a la obra, los *princes charmants* (príncipes encantadores) derrumban los tradicionales roles de género enseñando que el trabajo doméstico no quita ningún gramo de virilidad. Frente a la mujer independiente y moderna, *l’homme nouveau* (el hombre nuevo) opta por la paridad en casa y el desmoronamiento de la dominación masculina, para evitar todo conflicto de pareja.

El séptimo capítulo, conciso y titulado “*La fée, le prince charmant et la question du lien*” (El hada, el príncipe encantador y la cuestión del vínculo), recuerda que si a finales del siglo XIX las mujeres recibían una educación para convertirse en hadas del hogar, hoy en día esta figura no es más que una “caricatura para designar a la mujer que no entendió nada a la modernidad”. Según Castelain Meunier, la mujer de hoy es la que consiente compartir las tareas domésticas con el hombre, en un “ideal de democracia de lo íntimo”, esforzándose por

poner de lado sus exigencias y aceptando que el hombre haga la limpieza a su manera. Más concretamente, en sus conclusiones, la socióloga acuña el concepto de “democracia doméstica” para resumir esta marcha hacia una cultura igualitaria entre hombres y mujeres, pero también entre adultos y niños, descendientes y ascendientes, de acuerdo con los nuevos modos de vida —entre los cuales predominan las preocupaciones ecológicas y de medio ambiente—, así como con las nuevas configuraciones familiares.

Sin duda, el libro de Castelain Meunier dibuja un panorama muy seductor, que suscita numerosas reflexiones. Primero, uno se puede asombrar de no encontrar, en esta investigación que plantea centralmente un problema de género, referencias directas y explícitas a la batalla llevada por las feministas de la segunda ola. Discretamente, al inicio del tercer capítulo, se menciona a Christine Delphy que, en Francia, fue efectivamente pionera en denunciar la invisibilidad del trabajo doméstico;¹ sin embargo, no se reabre el debate y sus diferentes aristas, que hubieran podido nutrir la discusión.² Por ejemplo, ¿considera “el hombre nuevo” que el trabajo doméstico es trabajo, más allá de la valoración positiva que hace de éste? ¿Qué se sigue opinando acerca de la gratuidad de estas labores realizadas en la esfera privada, así como de la disponibilidad permanente del tiempo de las mujeres —y ahora de algunos hombres— al servicio de la familia?

1 Delphy, Christine, “L’ennemi principal. 1. Économie politique du patriarcat” en *Nouvelles questions féministes*. Paris, Syllepse, 1998.

2 Una buena reconstitución del debate de las feministas de los años sesenta y setenta se encuentra en la entrada “Travail domestique” del *Dictionnaire critique du féminisme*. Paris, PUF, 2000, pp. 248-254.

En segundo lugar, nos parece imprescindible reflexionar sobre lo sorprendente —o no— de estos resultados de investigación. Pensándolo bien, tal vez no sea tan asombroso escuchar a personas afirmar que les proporciona placer limpiar y ordenar su casa, tener el control de su interior. Siempre hubo quienes dan importancia a las labores domésticas y otras personas quienes son capaces de apilar trastes sucios durante días, ciegas frente a las manadas de borregos polvosos por debajo de los muebles o aficionadas a la pasta de dientes incrustada en el lavabo del baño. Desde tiempos inmemoriales, la limpieza está en el corazón de las dinámicas subjetivas, creadora de sensibilidades diversas. Lo innovador es que los hombres empiecen a sentir esto mismo en su propia carne; pero aquí surge —a mi parecer— el tercer punto crítico.

En este libro, *l’homme nouveau* que toma las riendas del trabajo de limpieza o que coopera en él es muchas veces un hombre soltero, joven, separado, un padre divorciado o un hombre homosexual que comparte el hogar con su pareja. La investigación no deja ver un trabajo sistemático con padres de familias más o menos numerosas, que viven cotidianamente la doble jornada como despertar a los niños, llevarlos a la escuela, regresar de un día completo de trabajo en la oficina, recoger a los niños, ayudarles con la tarea escolar, supervisar el baño, comprar comida y preparar la cena... Siempre es fácil resignificar el trabajo doméstico y considerarlo como un momento de relajación cuando uno lo vive esporádicamente, cuando uno decide libremente limpiar y ordenar, a su gusto, cuando le da la gana y porque es para él mismo. En esta obra, la socióloga Castelain Meunier se muestra demasiado reservada

en cuanto a sus métodos de encuesta. Se adivina una metodología de índole cualitativa, basada en entrevistas a profundidad, pero no se devela nada sobre la manera de reclutar a los y las informantes, así como los criterios de selección tales como la edad, la clase social o el estado civil (soltero, casado, divorciado o viudo). Es posible que la obra guste más a un lector no especializado que al gremio de sociólogos que podrían notar una falta de rigor académico en el edificio teórico-metodológico.

En cuarto y último lugar, este libro remite a una realidad bastante “franco-francesa”, poco asimilable al universo mexicano. Desde hace varias décadas, desapareció en Francia el servicio doméstico generalizado: solamente las clases medias-altas y altas pueden costear una *femme de ménage* (empleada doméstica) algunas horas a la semana. En México, en cambio, la contratación de una “muchacha” es relativamente común y no exclusiva de los medios privilegiados —aunque es en las clases altas donde se nota sobre todo una participación casi nula por parte de las mujeres y de los hombres en las tareas de limpieza, dado el gran número de empleados domésticos por casa. En las clases sociales bajas, lo notable es que los hombres muchas veces no suelen colaborar en las labores domésticas por razones estrictamente culturales que les desacreditarían: por ejemplo, si se ponen a lavar los trastes y los ven otros hombres, se arriesgan a ser etiquetados de “mandilones” o “maricas”.³ Una carencia del libro es eludir en gran parte la cuestión del servicio doméstico porque, si

bien se menciona brevemente que puede ser una estrategia para evitar un reparto de tareas desigual entre hombres y mujeres, también puede mantener a los hombres insensibles, no aludidos o a distancia de este tipo de intervenciones en el hogar.

A pesar de estas reflexiones críticas que suscita el contenido del libro, es importante reseñarlo para invitar a su lectura. Es una obra luminosa por el mundo de subjetividades que abre a través de la riqueza de sus testimonios; despierta ganas de llevar a cabo una investigación en la misma línea y en espejo, pero desde el contexto mexicano. Porque si bien persisten desigualdades garrafales en el reparto de tareas domésticas entre hombres y mujeres mexicanos, sí estamos observando en algunos rincones de la sociedad una concientización de ciertos hombres —no todos, ni siempre— frente a este tema, y sin duda se puede develar que estamos caminando hacia una participación más activa de ellos, en los años venideros. ∞

Karine Tinat
El Colegio de México
ktinat@colmex.mx

3 Más precisamente, me refiero aquí a un conjunto de observaciones realizadas en trabajo de campo en el medio rural michoacano.